

RAÍCES DEL ALTRUISMO: LA ÉTICA DE MIGUELÓN

ROOTS OF ALTRUISM: THE ETHICS OF MIGUELÓN

Domingo FERNÁNDEZ AGIS

Resumen. Podemos pensar que a nuestros ancestros prehistóricos les resultaría beneficioso vivir en un orden social en el que la vigencia de los valores éticos mereciese un apoyo general y fuese, en consecuencia, comunitariamente sostenida. Es muy difícil determinar hasta qué punto fue así. En todo caso, lo que nosotros entendemos en la actualidad por conducta racional, a juzgar por los indicios que nos han llegado, estaba definiéndose en esos momentos tan remotos de nuestra historia, pues aquellos individuos tenían que buscar, mediante la definición de estrategias y la elaboración de instrumentos materiales para llevarlas a cabo, la máxima eficiencia y productividad de sus acciones.

En este trabajo, partiendo de relevantes presupuestos paleoantropológicos, se plantea la hipótesis de la ancestral aparición del altruismo, al tiempo que se reflexiona sobre la pervivencia del egoísmo, tratando de exponer las razones últimas de la perenne confrontación entre ambas concepciones éticas. Con ello pretendo profundizar en uno de los aspectos esenciales de la relación entre ética y derecho.

Palabras clave: ética, derecho, altruismo, egoísmo, antropología, yacimiento de Atapuerca.

Abstract. It would have been beneficial for our prehistoric ancestors to live in a social order in which the validity of ethical values deserved general support and was, therefore, communally sustained. It is very difficult to determine to what extent it was so. In any case, what we understand today by rational behavior, judging by the signs that have reached us, was being defined in those remote moments of our history, because those individuals had to search, by defining strategies and the development of material tools to carry them out, maximum efficiency and productivity of their actions. In this work, starting from relevant palaeoanthropological assumptions, the hypothesis of the ancestral appearance of altruism is raised, while reflecting on the survival of selfishness, trying to expose the ultimate reasons for the perennial confrontation between both ethical conceptions. With this I intend to deepen one of the essential aspects of the relationship between ethics and law.

Keywords. Ethics, Law, Altruism, Selfishness, Anthropology, Archaeological site of Atapuerca.

“Flung from Paradise

Everlasting ever new

Dream of Life, dream of Life”.

Patti Smith, “Dream of Life”¹.

1. Introducción

Como sugiere el título de este trabajo, intentaremos remontarnos en él a remotas épocas pasadas, en las que se produjeron cambios decisivos para la aparición de la especie *Homo sapiens*. Así pues, haciendo referencia al pasaje de la historia humana más alejado que he de tomar aquí en consideración, empezaré estas reflexiones aludiendo brevemente a otra especie que, a raíz de su hallazgo, se ha convertido en el descubrimiento estelar del yacimiento burgalés de Atapuerca. Me refiero a *Homo antecessor*, cuya presencia en el territorio en que se encuentra el mencionado yacimiento paleoantropológico puede retrotraerse hasta hace 1.300.000 años. Ésta fue una especie del género *Homo*, anterior a *Homo neandertalensis* y *Homo sapiens*. Los miembros de ese grupo evolutivo poseían rasgos que recuerdan a los propios de las dos siguientes especies que emergieron a partir de ellos. Tenían una capacidad craneana superior a los 1000 centímetros cúbicos y los adultos llegaban a alcanzar una altura de un metro y setenta centímetros. Su estatura era similar a la de los representantes de la especie *Homo sapiens* y su complexión física era de una notable fortaleza, recordando mucho la que más tarde tendrían los integrantes de la especie *Homo neandertalensis*. Las pruebas encontradas relativas a la antigüedad de su presencia en ese territorio llevaron a los paleoantropólogos a replantearse algunas tesis, hasta entonces consideradas como bien fundamentadas, a propósito de la colonización del continente europeo por parte de los individuos del género *Homo*. En efecto, “en 1997, los fósiles de la Gran Dolina fueron incluidos en una nueva especie, *Homo antecessor* (el hombre explorador), debido a sus características peculiares y distintivas. Este hallazgo en la Sierra de Atapuerca y los sucesivos descubrimientos en el yacimiento de Dmanisi (1.7

¹“Arrojado del paraíso/eterno siempre nuevo/el sueño de la vida, el sueño de la vida”. SMITH, P., *Mis mejores canciones*, Barcelona, Lumen, 2015, p. 119.

millones de años) abrieron la puerta a la posibilidad de que Europa hubiera sido colonizada hace al menos un millón de años², por representantes de la especie *Homo antecessor* provenientes del continente africano.

En el rico yacimiento de Atapuerca, además de la *Gran Dolina*, hay otro lugar que ha proporcionado un ingente volumen de información a los estudiosos de la evolución humana. Se trata de la cueva denominada *Sima de los Huesos*. En ella se ha encontrado una gran cantidad de restos óseos de humanos y animales, que según todos los indicios fueron depositados allí de forma intencional. Ello pondría de relieve un comportamiento socialmente establecido y, por tanto, regulado por pautas de acción fijas, en relación a la traumática experiencia de la muerte. Como han expresado tantos pensadores, desde los sofistas a Heidegger, ante la experiencia de la muerte se revela en su plenitud el calado y consistencia de cuanto nos vincula a nuestra naturaleza.

El denominado *cráneo número 5* encontrado en la Sima de los Huesos, en el yacimiento de Atapuerca, recibió por parte de sus descubridores el apodo de Miguelón, atendiendo a la robustez física que su poseedor debió tener en vida y en alusión al apodo con el que se conocía a Miguel Induráin, el corpulento ciclista que ganó cinco veces consecutivas el Tour de Francia y en dos ocasiones, también consecutivas, el Giro de Italia.

Mauricio Antón, en base a los restos hallados, realizó una reconstrucción del rostro que tendría y los resultados son tan encomiables como impactantes³. En efecto, de cruzarnos con él por la calle, los rasgos físicos de aquel ancestro al que se ha apodado Miguelón nos parecerían hoy algo rudos pero, vestido con un atuendo adaptado a la moda de este momento, podría pasar desapercibido entre los humanos actuales. Esta consideración se podría interpretar como una trivialidad pero no lo es en absoluto. Por el contrario, es algo que nos aproxima a nuestros antepasados y nos impele a relativizar la profundidad de las cesuras que existieron o se cree que pudieron existir entre ellos y nosotros.

2. Paradojas de la lucha por la supervivencia

A nuestro Miguelón prehistórico, un tremendo golpe en la mandíbula le hizo perder un diente y le produjo una considerable infección. Por todo ello debió padecer terribles

² BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M^a., *La evolución del talento*, Barcelona, Debate, 2010, p. 87.

³ ANTÓN, M., *El secreto de los fósiles*, Madrid, Aguilar, 2007, pp. 201 y ss.

dolores antes de morir, a una edad que se ha cifrado en torno a los 35 años. Miguelón perteneció a la especie *Homo heidelbergensis*, cuyo origen se sitúa hace unos 600.000 años y que ocupó el espacio biológico intermedio entre *Homo antecesor* y las dos especies que aparecieron más tarde, *Homo neandertalensis* y *Homo sapiens*. Su capacidad craneana es de 1100 centímetros cúbicos lo que, como bien dice Juan Luis Arsuaga, “es un valor bajo en comparación con los humanos actuales”⁴. Pero este reputado investigador, que ha dedicado muchos años a indagar en los vestigios humanos del yacimiento de Atapuerca, recalca que “en la colección de la Sima de los Huesos, sin embargo, hay un cráneo de casi 1400 centímetros cúbicos, que es más o menos el promedio de nuestra especie”⁵. No obstante, como él mismo subraya, “si se tiene en cuenta que los humanos de la Sima de los Huesos pesaban bastante más que las personas actuales, el tamaño relativo del cerebro quedaría claramente por debajo del nuestro en los cráneos más grandes de la Sima de los Huesos, y muy por debajo en los cráneos más pequeños como el número 5”⁶.

Otra cuestión sobre la que se sigue especulando mucho en la actualidad y que puede ayudarnos a pensar la confrontación permanente entre grupos de humanos que luchaban por su supervivencia colectiva, es la del encuentro entre *sapiens* y *neandertales*. Hoy sabemos que la separación entre ellos no fue tan tajante como se había supuesto. En efecto, al contrario de lo que se creía, ha quedado demostrado que existió un trasvase genético entre ambas especies. En ese sentido, estudios genéticos recientes permiten concluir que con mayor frecuencia fueron *sapiens* masculinos y mujeres *neandertales* los que tuvieron hijos en común. Esto podría explicarse de diferentes modos, que podríamos agrupar en dos grandes opciones. En primer lugar, las relaciones sexuales forzadas de las que pudieron ser víctimas algunas *neandertales* por parte de los *sapiens*. En segundo término, la relación sexual voluntaria, en el contexto de alguna forma de seducción en la que no podríamos aseverar si ellas o ellos pudieron llevar la iniciativa. No obstante, al pensar en estas cuestiones – y, sobre todo, al leer mucho de lo que sobre ellas se ha escrito- nos damos cuenta de lo fácil que resulta construir una imagen que ridiculiza a nuestros ancestros, como si hubieran sido seres incapaces de desarrollar emociones y pensamientos análogos a los nuestros. Así pues, si nos sorprendemos cuando profundizamos en el conocimiento de los hábitos individuales y colectivos de

⁴ ARSUAGA, J. L., *La saga humana. Una larga historia*, Madrid, EDAF, 2006, p. 102.

⁵ *Ibidem*.

⁶ *Ibidem*.

los simios, por qué no admitir que, para lo bueno y para lo malo, nuestros antecesores prehistóricos tenían mucho en común con nosotros⁷.

En cualquier caso, en base a los indicios de los que disponemos, es posible efectuar reconstrucciones comportamentales que generan desasosiego. Por ejemplo, resulta impactante tener que pensar que la postura más habitual de *Homo sapiens* para la realización del coito podría tener un horrible origen, pues tal vez esté relacionada con la violación. En efecto, en esa postura, en la que la mujer está boca arriba y el hombre se coloca sobre ella, sería más difícil para ella evitar una relación sexual no deseada. Por lo demás, si la conducta de los simios actuales puede servirnos de inspiración, habría que admitir que entre ellos esa postura sexual es la más infrecuente. No obstante, habría que utilizar con prudencia esta suposición, ya que la mencionada postura se puede observar en el comportamiento sexual de algunos monos como los bonobos, sin que medie violencia alguna en su adopción. En todo caso, responda o no esta hipótesis a lo que sucedió en realidad, lo cierto es que resulta factible que ese tipo de comportamientos, que repugnan profundamente nuestro sentido ético –y, por supuesto, que son objeto de condena en las diversas proyecciones de lo ético en lo jurídico-, se produjeran con relativa frecuencia desde épocas muy anteriores al encuentro entre *sapiens* y *neandertales*, que al parecer resultó fatal para estos últimos.

La lucha por la supervivencia fue un factor de amplia influencia en la evolución de los homínidos. Por eso resulta muy aventurado especular si Miguelón fue agredido en alguna disputa relacionada con el alimento, el establecimiento o defensa de su estatus social en el grupo, o bien fue atacado en el curso de alguna de esas brutales cacerías humanas, muchas veces con objetivos alimentarios y otras con fines propios de depredación sexual, que nuestros ancestros practicaron durante miles de años. Hoy nadie podría afirmarlo con seguridad pero, en todo caso, a propósito de esto último, habría que recordar lo problemático que resulta proyectar nuestras convicciones éticas a la hora de juzgar hechos que sucedieron tanto tiempo atrás. Por ello hemos de ser cautelosos al especular sobre cuál era la ética en la que basaban su vida Miguelón y sus coetáneos, aunque podemos sospechar que en ese tipo de sociedad la ética tenía un carácter aún más difuso que el que la define, tantas veces a través de la indefinición, en la nuestra⁸. Por ejemplo, para nosotros, lo que hace rechazable desde una perspectiva

⁷PINKER, S., *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Destino, 2001, p. 42-3.

⁸SILBERBAUER, G., “La ética de las sociedades pequeñas”, en SINGER, P. (Edit.), *Compendio de ética*, Madrid, Alianza, 2004, p. 44.

ética una relación sexual es la ausencia de libre voluntad por parte de quienes intervienen en ella. La subjetividad moral se pone de manifiesto tanto a través de la afirmación como por medio del rechazo a vincularse con lo que supone un riesgo para la integridad individual.

La cultura que se fue desarrollando a partir de la interacción con sus semejantes y con el medio natural, en el que logró predominio *Homo antecesor*, adquirió progresivamente eficiencia y complejidad. En concreto, “de la complejidad tecnológica nos hablan los instrumentos de los yacimientos (en Atapuerca y muchos otros lugares) de la época de la Sima de los Huesos, que incluyen piezas con mucho diseño”⁹. El desarrollo de una tecnología compleja no ha de relacionarse tanto con el azar que pueda estar detrás de algunos hallazgos felices, sino que debe vincularse a una comprensión cada vez más certera y sofisticada de los elementos que para ellos eran relevantes en el entorno que habitaban.

Por lo que respecta a “la complejidad mental, la mejor prueba es el mismo yacimiento de la Sima de los Huesos, que no es otra cosa que una acumulación deliberada de cadáveres. Creemos que unos humanos que ya habían descubierto la muerte llevaron a cabo tal práctica con algún propósito simbólico”¹⁰. En efecto, el momento en que se empiezan a utilizar rituales en relación con la muerte marca en cierta manera el inicio de la humanización. Estas apreciaciones, *grosso modo*, pueden considerarse como válidas para referirnos al hábitat y modo de vida de *Homo heidelbergensis* en el entorno de Atapuerca.

Por otra parte, tendemos a considerar que los antecesores en la línea de evolución que culmina en el ser humano actual no compartieron tal sensibilidad moral; por el contrario, existen indicios para pensar que practicaban el sexo en un contexto de violencia y opresión. Sin embargo, tampoco disponemos de pruebas definitivas que permitan despejar dudas acerca de esas aseveraciones y nos eviten el riesgo de incurrir en graves errores de interpretación¹¹. Como señala Arsuaga, “en todo caso, en la población de la Sima de los Huesos la sociedad debía parecerse mucho a la nuestra, a juzgar por un dato que proporcionan los huesos: el dimorfismo sexual, las diferencias

⁹ ARSUAGA, J. L., *Los aborígenes. La alimentación en la evolución humana*, Barcelona: RBA, 2002, p. 113.

¹⁰ *Ibidem*.

¹¹ LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 2005, p. 11 y ss.

entre los dos sexos”¹². Las diferencias entre machos y hembras no eran tan grandes como las que se dieron entre los australopitecos. Antes bien, eran similares a las que se presentan entre nosotros en la actualidad.

Hay que insistir en que reviste una extrema dificultad toda reconstrucción de la cultura de nuestros remotos ancestros, así como de los elementos simbólicos fundamentales en la misma. No obstante, según nos dice asimismo Juan Luis Arsuaga, la estructura del oído es otro elemento que nos permite valorar la complejidad mental de la especie *Homo heidelbergensis*. Como bien indica Arsuaga,

no podemos saber si los humanos de la Sima se entendían por símbolos a través del lenguaje, pero podemos intentar averiguar qué sonidos emitían, y si eran como los nuestros o del tipo de las vocalizaciones de los chimpancés. Una forma de hacerlo es estudiando el oído, que está sintonizado en cada especie con las frecuencias de voz en las que se comunican sus miembros. Como en los fósiles de la Sima la conservación es tan buena que no faltan ni siquiera los huesecillos del oído medio (martillo, yunque y estribo), se ha podido hacer tal trabajo de investigación, y el resultado es que aquellos humanos tan antiguos emitían sonidos como los nuestros¹³.

Estas circunstancias nos llevan a pensar en la eficiencia de la comunicación, como soporte básico del trabajo colaborativo, pero sin que ello nos permita olvidarnos de las respuestas agresivas que la competencia por sobrevivir debió motivar a lo largo de los millones de años que ocupó la evolución de los homínidos¹⁴. Sin embargo, esto último no debe hacernos menoscabar la importancia de la solidaridad entre los integrantes del grupo para lograr la supervivencia de cada uno de sus miembros¹⁵. Así lo testimonia el *cráneo número 14*, perteneciente a una muchacha de unos 12 años a la que se ha apodado Benjamina, para que el calor de un nombre agradable sustituya a la fría denominación recibida a partir del número correspondiente al orden en que se produjo el hallazgo de sus restos.

¹² ARSUAGA, J. L., *La saga humana. Una larga historia*, Madrid, EDAF, 2006, p. 104.

¹³ ARSUAGA, J. L., *La saga humana. Una larga historia*, Madrid, EDAF, 2006, p. 105.

¹⁴ ELIAS, N., *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Barcelona, Península, 2000, p. 62.

¹⁵ ARSUAGA, J. L., *El enigma de la esfinge. Las causas, el curso y el propósito de la evolución*, Barcelona, Areté, 2001, p. 231 y ss.

Benjamina nació hace unos 530.000 años con un grave problema de salud, pues los huesos de su cráneo se soldaron prematuramente. Padecía, por tanto, la enfermedad que hoy se denomina *craneosinostosis*, lo que impidió su normal desarrollo y le debió producir grandes limitaciones en su existencia cotidiana, pues padecería dificultades psicomotrices además de una considerable deformación facial. Debido a todo ello, sin la activa atención y cuidado del grupo al que pertenecía no hubiera podido vivir el tiempo que vivió¹⁶. La constatación de esa solidaridad grupal nos conmueve, pero no olvidemos que, con independencia de la valoración que hagamos de la conducta solidaria, ningún ser humano puede sobrevivir ni desarrollarse sin el apoyo activo de los adultos. Todos sabemos que el desarrollo neuromotriz es muy limitado en los bebés humanos y que esta característica, denominada *altricialidad*, hace imprescindible el cuidado de los adultos para la supervivencia. “La altricialidad de nuestros hijos añade si cabe aún más problemas a los progenitores y a las poblaciones en general”¹⁷. Sobreponerse a ellos y ayudar al crecimiento físico y mental de los hijos es una tarea difícil, pero que en términos generales se asume con entrega y generosidad por parte de los progenitores. Si no la hubieran afrontado así nuestros antecesores, nuestra especie tal vez no habría llegado a emerger en la línea evolutiva o, en caso de haber aparecido, no habría podido subsistir¹⁸.

Nada más opuesto a esa generosidad, en la dispensación de atención y cuidados, que considerar a otro humano como alimento. En efecto, un aspecto que es necesario comentar es la práctica del canibalismo, atestiguada de modo fehaciente por las marcas existentes en los restos óseos humanos encontrados en Atapuerca. Precisamente por las marcas que han quedado grabadas en esos restos sabemos que la mayoría de los humanos objeto de tales prácticas canibalísticas eran niños o jóvenes. Ello hace pensar en la realización de expediciones para la caza de humanos de clanes vecinos, con la finalidad de consumir luego su carne. Sabemos además que la carne de las víctimas era consumida cruda, pues no hay indicios de utilización del fuego entre los restos fósiles encontrados. En todo caso, por espeluznantes que nos parezcan, tales prácticas fueron algo en común en la cultura culinaria de *Homo heidelbergensis* y *Homo antecessor*.

¹⁶DAGOGNET, F., *Georges Canguilhem. Philosophe de la vie*, Essone, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1997, p. 28.

¹⁷BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M^a., *Op. Cit.*, p.75.

¹⁸LEICHTER-FLACK, F., *Le laboratoire des cas de conscience*, Paris, Alma, 2012, p. 128-8.

No se trataría, como se sabe que ha sucedido en otras culturas en las que se ha practicado el canibalismo, de consumir como alimento la carne de los integrantes del grupo que por distintas circunstancias iban falleciendo. Por otra parte, también en el caso de Atapuerca podría pensarse, como suele hacerse habitualmente, que el canibalismo se relacionaba con la búsqueda de sustento en períodos en los que no sería fácil conseguir dar caza a animales de otras especies¹⁹. Sin embargo, “esta hipótesis fue descartada cuando se tuvo suficiente cantidad de datos sobre el nivel geológico en el que se encontraban los fósiles. Hace entre 800.000 y 900.000 años la sierra de Atapuerca era un verdadero paraíso. La temperatura era más alta que en la actualidad, abundaban el agua y la vegetación y había suficiente caza como para alimentar a cualquier ser humano”²⁰. Habría, por tanto, que descartar la explicación de la práctica del canibalismo que resulta más habitual. No obstante, como he mencionado antes, Bermúdez de Castro afirma que, “puesto que el modo en que los cadáveres humanos fueron descuartizados era similar al de los otros animales se llegó a proponer un tipo de ‘canibalismo gastronómico’, en el que los humanos podían ser parte del menú de aquellos humanos”²¹. Sin embargo, la hipótesis que finalmente cobró más fuerza no es la que vincula esas prácticas a factores de extrema necesidad alimentaria. Por el contrario, fue la referida a las luchas de diferentes grupos humanos por la posesión de este territorio, tan rico en recursos alimentarios durante milenios²².

Desde esta perspectiva, podríamos decir que los representantes de la especie *Homo antecessor*, al igual que más tarde los de la especie *Homo Heidelbergensis* como Miguelón, dejando ahora al margen el cuestionamiento desde nuestra perspectiva moral de ciertas prácticas brutales suyas, eran firmes adeptos a lo que muchos siglos más tarde se conceptualizó como *pragmatismo utilitarista*. A tal efecto, recordemos que Jeremy Bentham consideraba que

la naturaleza ha situado a la humanidad bajo el gobierno de dos dueños soberanos: el dolor y el placer. Sólo ellos nos indican lo que debemos hacer y determinan lo que haremos. Por un lado, la medida de lo correcto y lo incorrecto y, por otro lado, la cadena de causas y efectos están atadas a su trono (...) El principio de la utilidad

¹⁹ MONTAIGNE, M. DE, *Essais*. Vol. I. Paris, Garnier Frères, 1962, p. 220 y ss.

²⁰ BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M^a., *Op. Cit.*, p.157.

²¹ *Ibidem*.

²² BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M^a., *Op. Cit.*, p. 158.

reconoce esta sujeción y la asume para el establecimiento de este sistema, cuyo objeto es erigir la construcción de la felicidad por medio de la razón y la ley".²³

Partiendo de ello sería posible considerar a aquellos antepasados nuestros como utilitaristas *avant la lettre* y podríamos asimismo sostener que ponían en práctica su utilitarismo desde unos presupuestos radicalmente consecuencialistas. De la misma manera que para todo el grupo, la prioridad de cada uno de ellos era mantenerse con vida y para ello practicaban la solidaridad y el cuidado con los suyos, mientras que defendían agresivamente sus propios recursos de supervivencia frente a otros grupos humanos. Para Bentham,

el interés de la comunidad es una de las expresiones más generales que se pueden encontrar en la fraseología de la moral; no hay duda de que su significado se pierde a menudo. Si acaso tiene un significado es el siguiente: la comunidad es un *cuero* ficticio, compuesto por personas individuales que se considera que lo constituyen en tanto que son sus *miembros*. ¿Qué es entonces el interés de la comunidad? La suma de los intereses de los diversos miembros que la componen²⁴.

Sin embargo, resolver la cuestión de la unidad en la diversidad era y es el problema ético-político primordial, de la misma manera que lo es otorgarle a dicha unidad un fundamento y una protección desde el punto de vista jurídico.

3. *Encuentros elocuentes y productivos, a pesar de estar fuera del orden de lo posible*

Para abordar de un modo original la cuestión a la que antes aludía, intentaremos ayudar a Miguelón a romper su milenario silencio y le pediremos que discuta con quienes, frente a toda forma de altruismo, defienden la pertinencia de las posiciones egoístas, considerándolas como las más adecuadas para la supervivencia y la búsqueda

²³ BENTHAM, J., *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, en BENTHAM, J., *Antología de textos*, Barcelona, Península, 1991, p. 45.

²⁴ *Ibidem*, p. 46.

del éxito. En ese sentido, podríamos apelar a quien es considerada en nuestros días como la más destacada defensora de tales posiciones, la pensadora norteamericana Ayn Rand. Esta controvertida filósofa y escritora, tuvo que huir en su juventud a EEUU, desde su San Petersburgo natal, donde su familia padeció la persecución y la opresión del naciente régimen comunista. Esas circunstancias biográficas nos ayudan a comprender mejor algunas de sus posiciones éticas y políticas, tan criticables en diversos aspectos, pero no por ello desmerecedoras de nuestro interés y atención.

Ayn Rand desarrolló en su país de adopción una exitosa carrera intelectual, construida sobre la base de la publicación de novelas y ensayos, obras en las que defiende las teorías que denomina *egoísmo racional* y *objetivismo*, poniendo de manifiesto, al mismo tiempo, una profunda fobia a toda forma de colectivismo.

De poder hacerlo, tal vez Miguelón, a quien podemos considerar testigo de la invención del altruismo, discutiría con Ayn Rand la pertinencia de estas ideas. Para realizar esta utópica proeza, además de haber sido devuelto a la vida en el pasado siglo, tendría que compartir con ella un instrumento de comunicación eficaz y discutir a través de él sobre los presupuestos de los que parte esta pensadora, tan demonizada en nuestros días por haber sido tomadas sus ideas como inspiración por parte de personajes políticos poco o nada recomendables. Ciertamente, son escasas las situaciones que podemos imaginar que entrañen una mayor dificultad. Ya se encargó Voltaire de realizar una brillante ilustración literaria de tales dificultades en su obra *L'Ingénu*²⁵. No obstante, aunque tal cosa resulte imposible, sí que podemos afirmar que Miguelón estuvo al corriente de las consecuencias que se derivan tanto del egoísmo como del altruismo, pues las sufrió de la forma más dramática en su propio cuerpo. Por su parte, Ayn Rand, considera que “el altruismo declara que toda acción realizada en beneficio de los demás es buena y toda acción realizada en beneficio propio es mala. Así resulta que el *beneficiario* de una acción es el único criterio de comparación del valor moral de ésta, y mientras el beneficiario sea cualquiera, salvo uno mismo, todo está permitido”²⁶.

Esa dicotomía hubo de ser, en la época en que vivió Miguelón, una fuente permanente de dudas e inquietudes, ante las acciones que un individuo se sentía impelido a acometer. La aparición de comportamientos altruistas sería juzgada como estrategia de supervivencia colectiva, pero también desde una perspectiva contrapuesta, en cuanto que fuente de exigencias sacrificiales que para muchos individuos serían difíciles de

²⁵VOLTAIRE, *L'Ingénu*, Paris, Libro, 1997, p. 26.

²⁶RAND, A., *La virtud del egoísmo*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 2010, p. 10.

aceptar. Este último aspecto es el que ha subrayado Ayn Rand, quien afirma que “la única visión que el altruismo permite de los hombres es la de animales sacrificables o beneficiarios de sacrificios ajenos, la de víctimas o parásitos”²⁷.

Aunque estemos muy lejos de poder aseverarlo, tal vez sintiera en algún momento Miguelón que sus esfuerzos y sacrificios beneficiaban a otros integrantes de su grupo más que a él mismo. En cualquier caso, el juicio moral de la propia conducta y la evaluación del comportamiento de los demás han penado desde entonces por contar con un fundamento objetivo. Ayn Rand propuso una solución a este problema, a través de una teoría ética a la que pretendió otorgar un soporte teórico-práctico que pudiera ser aceptado como incuestionable, de ahí la apelación a la objetividad que hay ya en la denominación que utilizó para referirse a su teoría. Para ella, “la ética objetivista sostiene que el actor debe ser el beneficiario de sus acciones y que el hombre tiene que actuar en favor de su propio *interés racional*”²⁸. Por tanto, este modo de entender la ética hace prevalecer como más prístina expresión de la racionalidad los intereses de los individuos y no los del colectivo. No significa esto que, de forma voluntaria, los individuos no puedan llegar a acuerdos, asumir compromisos y entregar sus esfuerzos para prestar una ayuda a otras personas. Para Ayn Rand existe un fundamento objetivo de la moral, que asegura la racionalidad de una acción, si ésta es respetuosa con dicho fundamento. Por ello critica lo que denomina *egoísmo nietzscheano*, que a su juicio no tiene otro fundamento que el capricho individual y la voluntad irracional de autoafirmación²⁹. Teniendo esto en cuenta, se pregunta: “¿Es la ética un lujo subjetivo o una necesidad objetiva?”³⁰, apelando a un conjunto de argumentos y evidencias que le permiten sostener que se trata de una necesidad objetiva.

Toma como presupuesto básico considerar que la vida exige un esfuerzo constante. De hecho, “en un sentido fundamental, la inacción es la antítesis de la vida. Ésta sólo puede mantenerse a través de un constante proceso de acción de autosustentación”³¹. Tal vez hayamos olvidado la densa realidad que soporta esta última afirmación, pero Miguelón seguro que sí la tenía bien presente cada día.

Cuando pensamos en los difíciles orígenes de las estructuras sociales humanas, nos convencemos sin dificultad de que “la ética no es una fantasía mística, ni una

²⁷ *Ibidem*, p. 13

²⁸ *Ibidem*.

²⁹ *Ibidem*, p. 14.

³⁰ *Ibidem*, p. 20.

³¹ *Ibidem*, p. 24.

convención social, ni un lujo subjetivo o innecesario que puede utilizarse o descartarse en cualquier emergencia. La ética es una *necesidad objetiva, metafísica, para la supervivencia del ser humano*³². Como vemos, estas consideraciones han de llevarnos a matizar la tópica adscripción al egoísmo salvaje que con frecuencia se ha hecho al describir el pensamiento de esta autora.

Por otra parte, la mera subsistencia nunca nos ha bastado a los seres humanos³³. Ya en épocas muy primitivas, éstos abordaron la elaboración de elementos ornamentales para uso individual, construcciones monumentales que exigían un enorme esfuerzo colectivo o instrumentos musicales que, al igual que hoy, producirían contento o lamentación en los otros, según la habilidad de quienes los usaran. Abundan pues las pruebas e indicios en apoyo de la tesis que sostiene que “el ser humano no debe contentarse con la mera supervivencia, tiene que intentar sobrevivir *como ser humano*, lo cual no significa una supervivencia *momentánea* o meramente *física*, como lo sería la de un bruto sin cerebro que espera que otro bruto le destruya el cráneo”³⁴.

Como ya he evocado antes, eso fue precisamente lo que le sucedió a Miguelón. Su supervivencia no habría sido tan difícil, de haber llegado a vivir en un el seno de una estructuración colectiva más evolucionada, en la que la vigencia de los valores éticos mereciese un reconocimiento generalizado y fuese colectivamente defendida, como factor clave de supervivencia. En todo caso, hemos de admitir que lo que nosotros entendemos en la actualidad por conducta racional, a juzgar por los indicios que nos han llegado, estaba definiéndose en ese momento tan remoto de nuestra historia, pues aquellos individuos tenían que buscar, mediante la definición de estrategias y la elaboración de instrumentos materiales para llevarlas a cabo, la máxima eficacia y productividad de sus acciones³⁵. En ese sentido, sí que podríamos decir que tenían presentes lo que Ayn Rand considera los “valores cardinales de la ética objetivista”, que se centran en el desarrollo de la racionalidad, el establecimiento de unos objetivos claros para la acción y el aumento de la autoestima cuando se alcanzan los logros perseguidos³⁶. Así, cada individuo tendría que aprender a valorarse a sí mismo y a considerar que si lograba sobrevivir en una realidad tan peligrosa y hostil podía sentirse

³²Ibíd., p. 33.

³³LÉVI-STRAUSS, C., *Palabra dada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986, p. 180-1.

³⁴RAND, A., *Op. Cit.*, p. 35.

³⁵EVERS, K., *Cuando la materia se despierta*, Madrid, Katz, 2010, p. 16.

³⁶RAND, A., *Op. Cit.*, p. 36.

orgullosa por ello³⁷. Lo que difícilmente podemos concebir es que Miguelón y sus coetáneos pensarán en “el logro de su propia felicidad”³⁸ como un objetivo racional, ya que, en esos duros pasajes iniciales de la historia de la humanidad, la felicidad debió ser concebida como fugaces instantes de goce y no como un estado en el que se podía permanecer más allá de la duración de esa vivencia momentánea. No obstante, se trataba de una sociedad en la que la práctica del canibalismo físico excluiría, dentro de los límites de cada clan, lo que Ayn Rand ha denominado “canibalismo moral”, que ella remite al influjo de las doctrinas hedonistas y altruistas, que aceptan como premisa “que la felicidad de un hombre necesariamente requiere que otro sea perjudicado”³⁹. En todo caso parece claro que la cohesión de la sociedad humana es más fruto de la experiencia del temor frente a las amenazas externas que de ninguna otra razón⁴⁰.

Sí podría afirmarse que se dio en esa época tan remota la aparición de un principio que sigue siendo hoy básico en todo orden social que resulte aceptable desde un punto de vista moral. Tal principio sostiene que tan sólo se debe hacer uso de la fuerza física para defenderse de un ataque previo o como represalia frente al mismo. Pero esto sólo era aplicable dentro de los límites del grupo social al que se pertenecía, pues la práctica de la violencia en relación a los integrantes de otros grupos era un proceder habitual⁴¹.

En relación con el uso de la violencia, el autocontrol de los individuos y el control colectivo constituyen los dos puntos de apoyo más efectivos para el progreso de las tendencias civilizadoras. Sólo el avance civilizador permite crear un contexto en el que sea posible el goce mutuo. Frente a ello se han alzado siempre las tendencias que presuponen que el placer de unos ha de construirse sobre el dolor de otros. Así, al hablar del goce, Jean-Luc Nancy evoca la figura y el pensamiento de Sade, afirmando que, “para él, el individuo que goza entra en una doble relación de destrucción. En primer lugar, la relación que se establece entre el que goza y aquello de lo que goza es una relación de posesión llevada hasta la destrucción, goza del riesgo que supone abrir una brecha abismal en el lugar mismo en el que se encuentra lo que le hace gozar. Pero esta relación de destrucción se vuelve contra el individuo que goza, ya que puede llegar a

³⁷ *Ibidem*, p. 39.

³⁸ *Ibidem*.

³⁹ *Ibidem*, p. 44.

⁴⁰ ALAIN, *Propos sur les pouvoirs*, Paris, Gallimard, 1985, p.26

⁴¹ RAND, A., *Op. Cit.*, p. 47.

desear aproximarse demasiado a su propia muerte”⁴². Esta forma de entender el goce conduce, en consecuencia, a la autodestrucción.

El camino hacia la superación de tales tendencias es tan largo que se ha extendido desde la época en que transcurrió la existencia de Miguelón hasta nuestros días y aún no podemos vislumbrarle un final⁴³. Hoy sabemos, al menos, tal como nos recuerda Jean-Luc Nancy, que “no basta con decir que el sujeto está perdido en el goce, sino más bien que se encuentra como sometido, en el sentido antiguo de súbdito, como súbdito de un monarca. Y aunque el goce es más fuerte que yo, tengo la certeza de que el sometimiento viene de otra parte. Me viene del otro, de los otros. Por eso digo que no existe el goce solitario”⁴⁴. Pero, sobre todo, hemos de aclararnos en relación a la imagen de nuestra civilización como imperio del hedonismo y el goce generalizado que ese altruismo, al que Ayn Rand considera morboso, podría llegar a hacer posible, por utópico que podamos considerar tal objetivo. En un sentido opuesto, a poco que nos detengamos a analizar la vida actual en los países desarrollados, vemos que existe en ellos un generalizado malestar e insatisfacción con la forma en que se desarrolla la vida. De ello deriva un peligroso rechazo al orden institucional y un cuestionamiento, muchas veces nada constructivo, de sus fundamentos jurídicos. En relación con esto, Jean-Luc Nancy nos dice que “es cierto que existe un malestar en la civilización, pero no hay que atribuirlo al exceso, sino a la falta de goce”⁴⁵. En cualquier caso, una apreciable dosis de ética, tanto altruista como *egotista* (en lugar de *egoísta*, pues esta última sería producto de una mentalidad mezquina que, llegado el caso, pretendería convertir el derecho en un mecanismo de protección de sus intereses particulares), es necesaria para que la experiencia del goce pueda considerarse como una experiencia propiamente humana.

⁴²NANCY, J. L. – VAN REETH, A., *El goce*, Madrid, Pasos Perdidos, 2015, p. 36.

⁴³DERRIDA, J., “Une certaine possibilité impossible de dire l'événement”, en DERRIDA, J. (et alii), *Dire l'événement, est-ce possible?*, Paris, L'Harmattan, 2001, p. 85.

⁴⁴NANCY, J. L. – VAN REETH, A., *Op. Cit.*, p. 41.

⁴⁵Ibidem, p. 115.

Bibliografía

- ALAIN, *Propos sur les pouvoirs*, Paris, Gallimard, 1985.
- ANTÓN, M., *El secreto de los fósiles*, Madrid, Aguilar, 2007.
- ARSUAGA, J. L., *El enigma de la esfinge. Las causas, el curso y el propósito de la evolución*, Barcelona, Areté, 2001.
- ARSUAGA, J. L., *Los aborígenes. La alimentación en la evolución humana*, Barcelona: RBA, 2002.
- ARSUAGA, J. L., *La saga humana. Una larga historia*, Madrid, EDAF, 2006.
- ARSUAGA, J. L., *Selección inconsciente*, Barcelona, ARCADIA, 2009.
- BENTHAM, J., *Introducción a los principios de la moral y la legislación*, en BENTHAM, J., *Antología de textos*, Barcelona, Península, 1991.
- BERMÚDEZ DE CASTRO, J. M^a., *La evolución del talento*, Barcelona, Debate, 2010.
- DAGOGNET, F., *Georges Canguilhem. Philosophe de la vie*, Essone, Institut Synthélabo pour le progrès de la connaissance, 1997.
- DERRIDA, J., “Une certaine possibilité impossible de dire l'événement”, en DERRIDA, J. (et alii), *Dire l'événement, est-ce possible?*, Paris, L'Harmattan, 2001.
- ELIAS, N., *Teoría del símbolo. Un ensayo de antropología cultural*, Barcelona, Península, 2000.
- EVERS, K., *Cuando la materia se despierta*, Madrid, Katz, 2010.
- LEICHTER-FLACK, F., *Le laboratoire des cas de conscience*, Paris, Alma, 2012.
- LÉVI-STRAUSS, C., *Palabra dada*, Madrid, Espasa-Calpe, 1986.
- LÉVI-STRAUSS, C., *El pensamiento salvaje*, México, FCE, 2005.
- MONTAIGNE, M. DE, *Essais*. Vol. I. Paris, Garnier Frères, 1962.
- NANCY, J. L. – VAN REETH, A., *El goce*, Madrid, Pasos Perdidos, 2015.
- PINKER, S., *Cómo funciona la mente*, Barcelona, Destino, 2001.
- RAND, A., *La virtud del egoísmo*, Buenos Aires, Grito Sagrado, 2010.
- SILBERBAUER, G., “La ética de las sociedades pequeñas”, en SINGER, P. (Edit.), *Compendio de ética*, Madrid, Alianza, 2004.
- SMITH, P., *Mis mejores canciones*, Barcelona, Lumen, 2015.
- VOLTAIRE, *L'Ingénu*, Paris, Libro, 1997.